

Misa de aniversarios de matrimonios
Catedral Santa María de la Asunción
sábado, 29 de febrero de 2020

Su Excia. Revma. Mons. Salvatore J. Cordileone

Es una curiosa coincidencia que esta misa de aniversario de boda se celebre en un día tan inusual. Este día, por supuesto, sólo ocurre una vez cada cuatro años. Estamos en un año bisiesto y este es el 29 de febrero. Digo que es una curiosa coincidencia porque en diferentes culturas, surgieron diversas costumbres en torno a las prácticas del cortejo y el matrimonio durante los años bisiestos y a veces específicamente en este día. Estas costumbres se encontraban principalmente en las culturas de habla inglesa, pero también en otros lugares. En Irlanda y Gran Bretaña es una tradición que las mujeres puedan proponer matrimonio sólo en los años bisiestos. Se dice que en 1288 la reina Margarita de Escocia promulgó una ley que requería la imposición de multas si una propuesta de matrimonio era rechazada por el hombre, y la compensación se consideraba un par de guantes de cuero, una rosa, una libra esterlina y un beso.

En algunos lugares, esta tradición se limitaba no a todo el año, sino sólo a este día, 29 de febrero, cuando las mujeres podían proponer matrimonio a los hombres. En Finlandia era una tradición que si un hombre rechazaba la propuesta de una mujer en ese día, le comprara sus telas para hacerse una falda. Así que estas son las pintorescas costumbres de cortejo de lo que realmente es una época pasada. La vida era muy diferente, pero todo se presumía sobre el principio de la diferencia y la complementariedad entre el hombre y la mujer. Y así, de alguna manera este año bisiesto y específicamente el 29 de febrero era visto como una especie de inversión de roles. Así que eso fue diferente de los tiempos que vivimos ahora, pero al mismo tiempo, no podemos eludir el principio de complementariedad. No podemos evitarlo porque comienza con cómo está hecho el mismo cuerpo.

Recordemos lo que San Pablo nos dice en la primera lectura aquí en su Primera Carta a los Corintios: “Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo. ¿O no saben que sus cuerpos son templo del espíritu Santo, que habita en ustedes y que han recibido de Dios? Por lo tanto, ustedes no se pertenecen”. Esta enseñanza nos ayuda a dar sentido a una vieja fórmula inglesa que hasta hace poco era la fórmula estándar usada en una boda, ya fuera católica o protestante. Y según entiendo, todavía se usa en algunas congregaciones más tradicionales de la comunión anglicana. Esta fórmula era que cuando el novio colocaba el anillo en el dedo de su novia, decía: “Con este anillo, te desposo. Con mi cuerpo, te adoro”.

Un poco sorprendente para nosotros hoy en día, pero los historiadores de la lengua inglesa nos dicen que la palabra “adoración” no tenía la misma connotación en días anteriores que ahora. Pero estas palabras más bien sorprendentes subrayan la importante verdad de que el matrimonio, y esto es realmente cierto con cualquier vocación, pero es una forma verdadera y especial, muy particular con su aplicación particular en el matrimonio, la verdad de que la vocación se vive en el cuerpo. El amor conyugal no es sólo un encuentro de mentes. Implica el don de todo el ser,

cuerpo y alma. Dios creó a la persona humana con este aspecto corporal precisamente para que el matrimonio pudiera ser una unión completa y exhaustiva; algo que sólo es posible entre un hombre y una mujer en el matrimonio, una comunión de cuerpo, mente y alma, una comunión que engendra nueva vida.

Es así como el matrimonio fue creado por Dios para ser: una imagen de la Santísima Trinidad. Porque sabemos por la verdad revelada que el amor entre el Padre y el Hijo, su amor mutuo, su mutua entrega, envía al Espíritu Santo que es el dador de la vida, que nos crea y nos crea para compartir esa vida de la Trinidad para siempre. Esta es la naturaleza del amor. El amor siempre está centrado en los demás. Está enfocado hacia afuera, no enfocado en uno mismo. Cuando eso sucede, el amor muere.

Pero noten cómo es que Dios nos dio vida nueva y eterna. El Espíritu vivifica la Iglesia, pero la Iglesia fue fundada por su Hijo que ganó nuestra redención por su sacrificio en la cruz, el sacrificio que nos preparamos a celebrar de la manera más solemne durante el tiempo de Cuaresma que culminará con el Santo Triduo del Jueves, Viernes Santo y Pascua. Esto nos lleva a otro punto muy importante, algo que ustedes saben mejor que yo, y es que el amor marital tiene que ser vivido de maneras muy concretas. Y este es el punto al que nuestro Señor llega en la lectura del evangelio que acabamos de escuchar. Este es el final del Sermón de la Montaña, y él lo termina con esta nota muy práctica, puntiaguda, quizás un poco incómoda: “No son los que me dicen: «Señor, Señor», los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre que está en el cielo”.

Por eso Dios nos da a cada uno de nosotros una vocación, para que estas ideas e ideales elevados no se queden ahí arriba en lo abstracto, sino que sean llevados al aquí y ahora de dos maneras muy concretas donde tienen que ser vividos, donde hacen la diferencia en nuestras vidas y donde sentimos la diferencia.

Podríamos hacer una comparación con la penitencia corporal que hacemos durante la Cuaresma, ¿verdad? Hablamos de penitencia y sacrificio. Observamos esto de manera muy práctica donde sentimos la diferencia con la oración y el ayuno y especialmente el ayuno y la limosna. Sentimos el sacrificio dando limosna. Sentimos el sacrificio porque el dinero es una realidad muy concreta. Si ayunamos en serio, sentimos esa diferencia en el cuerpo, sentimos los dolores del hambre que no satisfacemos, para ofrecer como un acto de amor sacrificial a Dios, por arrepentimiento de nuestros pecados. Igualmente, viviendo la vocación y de manera particular en la vocación del matrimonio como se vive en el cuerpo, los sacrificios que hay que hacer para perseverar en la vocación, para dar continuamente cuando se hace difícil y cansador, para perdonarse, para hacer los sacrificios el uno por el otro.

Sólo así se puede perseverar en una vocación que es un don de Dios para que podamos alcanzar la felicidad que Él quiere que tengamos, que es la comunión con Él, la comunión del amor de la Trinidad, pero se vive de manera práctica porque ese sacrificio crea con nosotros una capacidad de amor cada vez más profunda, de dar y recibir amor, y eso es lo que hace posible la comunión.

Ahora, quisiera decir unas palabras para nuestros hermanos y hermanas de habla hispana.

[Spanish 00:07:52 – 12:54]

Deseo concluir simplemente agradeciéndoles a todos por su perseverancia en su vocación del matrimonio, un testimonio tan importante en el mundo de hoy. Estoy profundamente agradecido e inspirado por aquellos de ustedes que han perseverado mucho tiempo. Algunos, me han dicho, tienen unos 70 años de matrimonio, 72 años de matrimonio. Cuando pienso en esto me pregunto, ¿qué estoy haciendo aquí, parado aquí predicando sobre estas verdades? Sus vidas son testigos del poder y la belleza de estas verdades. Gracias por su perseverancia en esta vocación que el mundo necesita tan desesperadamente hoy. Y rezo para que vuestra vocación ayude a crear en ustedes esta capacidad de un amor y una comunión cada vez más profundos para que puedan, en palabras de San Pablo, glorificar a Dios en vuestro cuerpo y que Él los resucite por su poder a la vida eterna.